

# El MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.<sup>a</sup> SERIE ↔ BARCELONA, junio de 1895 ↔ NÚMERO 36

— Con el presente número se entregará el cuaderno 36 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



## LA TRAGEDIA DE GUERNSEY

Abrió los ojos desmesuradamente y expiró en brazos de los que allí estaban, exclamando: — ¡Infame asesino!



## SUMARIO

La tripulación del *Alcestes* (conclusión).—La tragedia de Guernsey.—Las malas tierras (continuación).—La Ley de Lynch (continuación).—Pensamiento.

## LA TRIPULACION DEL "ALCESTES"

(Conclusión).

«Es una gloria,—dice la narración de que tomamos este relato, debido al capitán Maxwell,—y un honor para él que se preservará á todos de la anarquía y de la confusión, gracias á sus juiciosas disposiciones. Sus medidas inspiraron confianza, y su ejemplo personal en la hora del peligro fué un estímulo para reanimar á todos é infundirles valor.

»El buque *César* fué el designado para conducir al embajador, lord Amherst y á su séquito á Inglaterra, juntamente con la tripulación. Después de tocar en el Cabo de Buena Esperanza, llegamos á Santa Elena el 27 de junio. El emperador Napoleón estaba desterrado allí, y se tuvo una entrevista con él; recibió á todos con la mayor cortesía, y su cordial recepción produjo el mejor efecto. Lord Amherst presentó al emperador á los oficiales, comenzando por el capitán Maxwell, á quien el distinguido prisionero saludó muy cortésmente, diciéndole que su nombre no le era desconocido, y que recordaba que el capitán tenía el mando de un buque cuando una de sus fragatas, *La Pomone*, fué apresada en el Mediterráneo.

»—El gobierno de V.,—dijo Napoleón al capitán,—no debe censurarle por la pérdida del *Alcestes*, pues, en cambio, se apoderó V. de una de mis fragatas.

»El emperador tuvo para cada cual alguna palabra, y nos retiramos altamente satisfechos de la visita.

»Llegado á Inglaterra, el capitán Maxwell fué honrosamente absuelto de la pérdida del *Alcestes*, elogiándose mucho su conducta. En el tribunal, al interrogarse á lord Amherst, éste contestó que había elegido al capitán Maxwell, al encargarse la embajada, no solamente por motivos de amistad personal, sino por la elevada opinión que de él tenía como marino, opinión en que se confirmó por los incidentes del viaje. No debemos omitir el testimonio del capitán ante el tribunal respecto á la conducta de su gente. —Temería cansar á los señores jueces,—dijo,—si hubiera de dar á conocer la conducta de cada cual, digna del mayor aplauso; mas puedo asegurar que desde el capitán hasta el último muchacho, todos estuvieron animados del verdadero espíritu de los Bretones. No sentiré nunca haberme encontrado en tan peligrosa situación, porque ésta me permitió apreciar el noble carácter y el verdadero valor de cuantos me acompañaban. Y cuando, después de tantos trabajos y fatigas, ví, al fin, á todos mis compañeros sanos y salvos y á bordo, dí las más sinceras

gracias á la Providencia, porque mi agradecimiento era tan profundo como inmensa mi satisfacción.»

## LA TRAGEDIA DE GUERNSEY

Juan Andrew Gordier, rico habitante de Guernsey, que vivió en la primera parte de este siglo, había dispensado algunos años sus obsequios á una cumplida y hermosa joven, natural de la isla de Guernsey; y cuando consiguió vencer, al fin, las dificultades y dilaciones que siempre opone el amor, avalorando más la mujer que se desea, llegó la ocasión felicísima en que la joven se dignó señalar el día para la celebración de la ceremonia nupcial. Después de dar las órdenes necesarias para la recepción de su futura, Gordier, lleno de salud y muy contento, se hizo á la vela para Guernsey. En semejante viaje, la impaciencia del hombre que ama no es para descrita. Las horas parecen años, y créese que un estrecho canal entre las islas tiene miles de leguas de extensión.

Pero la tierra prometida aparece, por fin. Nuestro hombre salta á la playa, y, sin esperar á su criado, á quien encarga la conducción de los equipajes, emprende la marcha solo y á pie en dirección á la casa que tan á menudo ha visitado y que solamente distaba algunas millas del puerto. El criado, que muy pronto siguió el mismo camino, sorprendióse al ver que su amo no había llegado aún. Enviáronse mensajeros por todas partes para buscarle, y nadie le encontró. Se esperó con la mayor ansiedad hasta media noche, y á esta hora subió de punto la inquietud de la futura de Gordier y de su familia, atendidas las circunstancias singulares del caso.

A la mañana siguiente, al romper el día, la presencia de un pariente cercano de Gordier no fué la más propia para disminuir los temores. Con marcadas señales de fatiga y ansiedad, llegaba para decir que había pasado toda la noche explorando detenidamente en todas direcciones los alrededores del camino por donde Gordier acostumbraba pasar.

Transcurridos algunos días de mortal inquietud y angustiosa incertidumbre, llegóse á descubrir el cadáver del infeliz en una cavidad entre las rocas, desfigurado por muchas heridas; pero no ocurrió circunstancia alguna que permitiera despertar sospechas, ni aun hacer conjeturas sobre quién podría ser el perpetrador de tan espantoso crimen.

El sentimiento de ambas familias por la muerte de un hombre joven y rico, cuya carrera habían cortado así en el meridiano de la vida infames asesinos, se acrecentó más aún por el misterio y el género de muerte. El sentimiento de la dama, no siendo de aquellos que en parte se desvanecen por las lágrimas y las exclamaciones, era mucho más profundo de lo que nadie podía imaginar. No se la vió nunca verter una lágrima; pero inspiró más lástima por su aparente resignación. Sus virtudes y su



hermosura admiraban á todos, y al cabo de algunos años la familia permitió á un tal Mr. Galliard, mercader y natural de la isla, hacer la corte á su hija, con esperanza de que así se desvanecería poco á poco el recuerdo de la desgraciada muerte de Gordier. Accediendo á los deseos de sus padres, mas no sin declarar repetidas veces enérgicamente que no se casaría nunca, Galliard fué recibido algunas veces; pero la joven, creyendo, sin duda, que no suponía mucha delicadeza de sentimientos en su nuevo pretendiente dirigirse á ella, teniendo Galliard cierto grado de parentesco con el difunto, no pudo ocultar su antipatía. Probablemente, sin explicarse por qué, aquel hombre le inspiraba alguna vaga sospecha.

De todos modos, la singular circunstancia de existir esa antipatía fué observada á menudo antes de que el secreto se revelase. Era más que una aversión mental, y parecíase á ese trémulo é instintivo horror que se apodera de ciertas personas de exquisita sensibilidad y delicados sentimientos á la vista de algún reptil venenoso.

Sin embargo, tan ardiente era la pasión de Galliard, ó de tal modo fascinaban los encantos de la dama, que su repulsión sólo sirvió para excitar el deseo, y el pretendiente insistió en sus inoportunas visitas. Algunas veces no perdonó esfuerzo alguno para inducir á la infortunada joven á que aceptase un obsequio, y sus amigos observaron que tenía particular empeño en regalarle unos magníficos dijes de gran valor, los cuales rehusó la joven repetidas veces, diciendo que sería impropio en ella aceptar obsequios ó recibir favores de un hombre que excitaba en su ánimo sentimientos algo peores que la indiferencia, y cuyas ofertas no podía menos de rehusar.

Pero Galliard, cada vez más tenaz en sus asiduidades y excitando la compasión, recurso común de los hombres artificiosos, se ganó la voluntad de la madre para que secundara sus deseos, y consiguió que ésta accediese á colocar los dijes en la cadena del reloj de su hija, prohibiéndole que los quitase.

La salud de la joven se resintió por esta causa, y la madre de Gordier, que nunca había mirado con buenos ojos ni con afecto á la que debía ser su hija política, cruzó el mar que separaba á Jersey de Guernsey para visitarla. La presencia de aquella señora despertó en la desconsolada joven mil recuerdos y complacióse en referir á la que debía de haber sido su madre política muchos ligeros incidentes, de esos á que los amantes dan grande importancia. La Sra. Gordier escuchaba con el mayor interés y se enteró de todos los detalles de las últimas entrevistas.

En una de aquellas ocasiones, cuando la conversación giraba sobre aquel triste asunto, la joven, cuya salud se había resentido mucho, sintióse sobrecogida de una convulsión y cayó en el suelo. Muy alarmada la familia, lo primero que hizo fué conducir á su hija al lecho; pero su terror aumentó al observar que la señora Gordier fijaba la vista con espanto en los

brillantes dijes de la cadena del reloj de la joven y al oírla exclamar *que su hijo había comprado aquellos objetos para regalárselos á su futura* antes de salir de Guernsey. Con una terrible mirada, que revelaba á la vez el horror, la indignación, el asombro y la sospecha, la Sra. Gordier repitió á la joven lo que había dicho apenas tuvo un momento de lucidez.

Apenas la pobre paciente comprendió que la joya que había despreciado perteneció primero á Gordier, sintióse poseída de indecible horror. Hizo un último esfuerzo para estrechar los dijes contra su corazón, abrió los ojos desmesuradamente y expiró en brazos de los que allí estaban, exclamando:

—¡Infame asesino!

El lector habrá comprendido ya cuáles habían sido las circunstancias del misterioso asesinato: Gordier, en el camino desde el puerto á la casa de su prometida, fué acometido por Galliard, que, después de asesinarle, le robó los dijes, con la esperanza de que después de su muerte llegaría á ser poseedor de una joya más preciosa aún.

## LAS «MALAS TIERRAS»

(Continuación)

En menos tiempo del que se necesita para escribir estas líneas, halláronse en medio de aquel espantoso tumulto, esforzándose para salir de él y espoleando á sus caballos á fin de salvar la vida.

En cuanto á su ganado, poseído de terror, ó dejándose llevar del instinto salvaje de los búfalos que huían, emprendió la carrera también con las colas enhiestas, y en un momento todos los animales se perdieron de vista entre el oscuro grupo de los búfalos.

Nuestros dos jóvenes no pudieron hacer nada para evitarlo, pues cada cual tuvo bastante que hacer para no ser derribado y pisoteado. Por fortuna, montaban caballos muy vigorosos y bien amaestrados.

Como quiera que sea, no les fué posible explicarse cómo llegaron á verse galopando en medio del río con toda la partida de cazadores, indios y mestizos, que gritaban al rededor de ellos. La corriente estaba teñida de sangre; los búfalos caían por todas partes; en la orilla veíanse muchos de ellos moribundos; pero los indios se apeaban, y, desenvainando sus cuchillos, rematábanlos descargando golpes á diestro y siniestro.

Aquella matanza era repugnante: á los ojos de Harland y de Curtis, poseídos de inquietud y asombro, aquellos hombres parecían verdaderos diablos que solamente tenían por divisa: ¡Matad! ¡Matad!

Pero la caza pasó tan rápidamente como había llegado. En un minuto, los dos aventureros quedaron á retaguardia, en medio del río, lleno de búfalos muertos ó inutilizados. Entre ellos vieron casi todas sus vacas y las terneras y algunas becerras: las demás habían



cruzado con los búfalos, perseguidos aún por los cazadores salvajes, que parecían resueltos á exterminar toda la manada.

Harland y Curtis, saliendo, al fin, del agua, contemplaron con tristeza y angustia el espectáculo que se ofrecía á sus ojos: excepto sus caballos, habían perdido cuanto tenían, ó poco menos. Todo su ganado había desaparecido, y esto después de un largo viaje, cuando ya no les faltaban más que cuarenta millas para llegar á su nuevo rancho.

Acostumbrado á la tranquila prosperidad de Nueva Inglaterra, Harland no podía dominar su emoción.

—¡Estamos arruinados! ¡Estamos arruinados!—exclamó con acento de amargura.—¡Todo se ha perdido!

—Me parece que algo hay de eso,—repuso Curtis, más calmado y flemático que su primo.

Los colonos del Oeste se hallan muy á menudo expuestos á desastres de esta especie, y todo depende, por lo regular, de que tenga bastante ánimo ó espíritu para tratar de rehacerse de semejantes contratiempos, lo cual determina así cuál ha de ser su suerte. Después de sufrir tales reveses, muchos se vuelven á sus casas, perdidas las ilusiones y renegando para siempre de su empresa.

Harland Davis y Curtis Stone, inmóviles sobre sus caballos, miraban á su alrededor, contemplando la escena de la matanza. La corriente estaba del todo interceptada con los cuerpos de los búfalos y los de sus propias reses, y en las orillas veíanse otros muchos.

—¡Mal día ha sido éste, amigo Harland!—dijo Curtis.

Harland estaba demasiado abatido para hablar.

Al poco tiempo volvieron los cazadores, una partida de treinta ó cuarenta siux, con dos ó tres hombres de la frontera: montados en sus caballos, contemplaban los despojos de la cacería.

Uno de los hombres de la frontera se acercó á nuestros jóvenes y les dijo:

—Lo sentimos mucho por vosotros, porque habéis perdido vuestro ganado; pero esto no se podía evitar: era tan imposible como detener á una partida de esos malditos Pieleros Rojas. Sin embargo, tomad cuanta carne queráis, pues hay de sobra para todos, y no faltan, además, pieles.

Por más que aquel ofrecimiento no fuese gran cosa, consolaba por lo amistoso. Recogieron sus tiendas y los efectos que conservaban, y, retrocediendo á una media milla, acamparon para pasar la noche.

Permanecieron cuatro ó cinco días cerca del río Ball, alimentándose de carne de búfalo, que pusieron á secar al sol, y, entretanto, llegó toda una tribu india, que solamente se ocupó en descuartizar búfalos y comer de su carne.

A la noche siguiente llegó una manada de lobos, que pudo disfrutar de un opíparo festín.

Y cuando nuestros dos amigos recorrieron el sitio al otro día, no encontraron ya nada de

los búfalos ni de sus propios animales, como no fueran algunos huesos blancos y trescientas ó cuatrocientas cabezas de aquellos animales.

No había ya nada parecido á un capital para acometer empresa alguna, y, sin embargo, el ojo avizor de Curtis vió en aquellos trescientos ó cuatrocientos cráneos de búfalo, con sus astas, algo de que hacer una fortuna.

A decir verdad, no es fácil desanimar á un joven cuando tiene ingenio y espíritu y sabe aprovechar todas las oportunidades.

El año anterior, Curtis había estado en Fargo (Dakota), y en el hotel vió varias colecciones de astas de búfalo, todas muy bien pulimentadas, de color negro brillante y adornadas en el centro, donde el hueso une los dos cuernos, con seda roja y azul. Este constituye un objeto muy apreciado para decorar oficinas y comedores, y en aquella época no era tan común como ahora. Curtis no había visto nunca astas pulimentadas así; y como preguntase cuánto valían, contestáronle que se pagaban siete duros por cada par. Al oír esto, Curtis quiso averiguar cuánto le pagaría á él por cada par el hombre que los vendía, y éste se ofreció á darle cuatro duros, con tal de que estuvieran bien pulimentados.

También le advirtió que, para preparar los cuernos, lo mejor era adquirirlos *frescos*, ó, por lo menos, antes de que llegaran á secarse mucho. Después de limpiarlos bien, era preciso rasparlos con un cristal, y después se restregaban con papel de lija hasta que tomaran ese hermoso color de caoba negra que hace tan apreciables los cuernos de búfalo como adorno en un comedor ó sala de armas.

Harland quedó asombrado al oír á Curtis decirle que se podrían sacar muy bien mil duros de aquellos cráneos abandonados allí; pero muy pronto penetró la idea de su compañero, y ambos comenzaron á recoger las cabezas para llevarlas á su campamento. A los dos días reunieron cuatrocientas veinte, y de ellas eligieron más de trescientas, que, á su juicio, se podían pulimentar bien.

Después emprendieron la marcha hacia el Fuerte Yates para obtener cierta cantidad de cristal, una sierra y varios cuchillos, á fin de cortar la carne que aún quedaba en las cabezas, y, sin más útiles, dieron principio á su tarea para preparar los cuernos.

Trabajaron durante el mes de julio y la mayor parte de agosto, sin cambiar ni una sola vez de campamento; y á fe que no lo pasaron muy bien, pues no tenían para comer más que carne seca y una escasa cantidad de galleta dura que obtuvieron en el fuerte. Hasta se vieron reducidos á tomar por alimento carne del perro de las praderas durante una semana; mas, persistiendo en su tarea, llegaron á tener trescientos cuatro pares de cuernos bien preparados.

Necesitaron cuatro días para conducir esto al Fuerte Yates. Aquí vendieron uno de sus caballos y compraron una barca bastante grande, en la cual fué colocada cuidadosamente su mercancía, y, hecho esto, emprendieron





LAS «MALAS TIERRAS»: Harland vió que media docena de indios bajaban por la pendiente de la colina...

un largo viaje, pues proyectaban nada menos que ir á vender el producto de su industria en Omaha, Kansas y San Luis. En este último punto detuviéronse quince días, y, antes de dar principio á la venta, compraron cierta cantidad de fleco rojo y cinta para adornar los cuernos.

Por algunos de los mejores pares diéronles hasta seis y siete duros, y no vendieron ninguno menos de tres. De modo, que el resultado excedió de lo que esperaban, obteniendo por su mercancía mil trescientos ocho duros, habiendo ascendido los gastos en las tres ciudades citadas á poco más de doscientos. En su



consecuencia, encontráronse con cerca de mil cien duros por su negocio con los cuernos de búfalo.

Durante esta empeñada lucha para marchar otra vez, no habían olvidado su rancho en las *malas tierras*. Desde Kansas escribieron á sus familias, y, habiendo obtenido en esta ciudad algún trabajo, permanecieron en ella el resto del invierno, pagando su gasto con lo que ganaban.

Trabajaban en casa de un armador, y, habiendo notado que se fletaban grandes cantidades de huesos secos, que se recogían, según se les dijo, en las llanuras del NO., donde abundan los búfalos y los alces, preguntaron para qué servía aquello. Entonces supieron que con los citados huesos se fabricaba *superfosfato de cal*, muy bueno para fertilizar las tierras muy gastadas. Preguntaron igualmente cuál era el precio por tonelada de huesos, y el informe así adquirido les sirvió de mucho cuando se produjo otra crisis.

Apenas se produjo el deshielo en el Misuri, en la primavera, Harland y Curtis se pusieron en movimiento otra vez; tomaron pasaje en el primer vapor hasta Fuerte Yates, donde se les dió el caballo que habían dejado, y pudieron comprar el que vendieron al marcharse. Después emprendieron la marcha para ir á casa de Curtis, en el Minnesota, y allí les recibió la familia con mucho regocijo, celebrando su llegada después de tan larga ausencia.

No dejó Harland de experimentar secreta envidia al ver la cariñosa efusión con que Curtis era recibido por sus padres, porque esto le hizo echar de menos su casa, haciéndole pensar en su anciano padre; pero las cartas de éste que le enseñaron y la bondad de su tía consolaron por mucho su pesar, y poco después los dos jóvenes comenzaron á ocuparse en el verdadero asunto que les había conducido allí. Proyectaban comprar otra vez ganado á bajo precio; pero éste era, por el contrario, muy subido, y, además, los animales parecían escasear. De modo, que á los pocos días, Curtis y su compañero despidiéronse de parientes y amigos (esta vez por largo tiempo, según lo demostraron las circunstancias) y emprendieron el viaje á través del país en dirección al N. del río Plata, en Nebraska, donde hay muchas yeguas. Esperaban comprar allí ganado á precios más favorables.

No es necesario seguir á los aventureros paso á paso en aquella larga excursión, ni entrar en detalles sobre su nueva compra: baste decir que de varias ganaderías compraron sesenta reses, semejantes á las que primeramente tuvieron, y que durante julio y agosto de aquella estación (1876) condujeron este ganado con tres mulas y dos vacas de leche, desde el N. del Plata hasta la parte superior del Pequeño Misuri.

Siguiendo la corriente, avanzaron poco á poco durante la primera semana de septiembre, y á los tres ó cuatro días hallaron la meseta y los picos descubiertos dos años antes.

Allí estaban aún los montones de piedras y las estacas: nadie había invadido aquel terreno, y nada se oponía ya á que tomaran posesión del mismo.

Hallándose tan lejos de las factorías, y como sepultados en el corazón de las *malas tierras*, no habían oído nada, aunque tan próximos, sobre la última y encarnizada guerra con los Siux, ni tenían noticia alguna de la matanza de Custer y de toda su gente, ocurrida algunas semanas antes en el Río Horn, á dos días de marcha del rancho.

En peligrosa ignorancia de todo esto y de la sed de sangre de las partidas que recorrían el país en todas direcciones al rededor de ellos, los dos jóvenes comenzaron á trabajar en la construcción de una cómoda cabaña en una pendiente cubierta de yerba, cerca del consabido manantial, y proponíanse también formar varios corrales. Terminada su obra, establecieron una comunicación entre las dos mesetas, formando un paso que permitía trasladarse de una á otra fácilmente.

En noviembre hizo mal tiempo, y, aunque no cayó nieve más que una vez, fué en tal abundancia, que se hizo necesario tener el ganado en las mesetas hasta el 20 de diciembre, en cuyo día prodújose una tempestad que se prolongó por espacio de una semana.

Desde diciembre hasta últimos de febrero, el tiempo fué tan sumamente frío, que Curtis y su compañero abandonaron su cabaña después de construir para sí una vivienda muy singular.

Los lados de los picos son allí con frecuencia de una especie de arenisca blanda, y por la parte del S. abrieron una especie de gruta, sobre su cabaña, sirviéndose de un hacha vieja. La entrada tenía unos cinco ó seis pies de longitud, y conducía á un espacio cuadrado de diez pies. Allí tuvieron fuego suficiente, pues no les faltaba combustible, bastándoles extraer el lignito del terreno y llevarlo á su cueva.

Gracias á esta circunstancia, pudieron arreglarse cómodamente. La caza abundaba, sobre todo el ciervo, y no les faltaban municiones, habiendo llevado consigo considerable cantidad de cartuchos para sus carabinas Winchester. Durante las tormentas, aquellos animales se reunían á menudo con el ganado, tanto, que Curtis pudo tener dos ciervos jóvenes muy domesticados, hasta el punto de que penetraban en la cabaña sin que les llamase, y recibían el alimento de manos de los dos amigos.

El ganado perdió un poco de carnes durante el invierno; pero solamente murió un animal. La nieve y el rigor de la estación demostraron á los jóvenes la necesidad de tener un considerable repuesto de heno, y buscar también para el ganado algunas veces cierta cantidad de vegetales, aunque no fuese más que nabos y patatas. En su consecuencia, resolvieron dedicar al cultivo un espacio del terreno, sembrando en otro trigo, melones, tomates, etc., para su propio uso.

Con este objeto, á principios de abril, Curtis marchó á Deadwood, punto situado en país de



las Montañas Negras, á fin de comprar una colección de simientes. Se llevó una de las mulas y aseguró á Harland, quien quedaba encargado de cuidar la cabaña, que volvería dentro de cuatro días si el tiempo era favorable. Hasta entonces no habían visto un solo indio, y no tenían ataque alguno, ignorantes como estaban de la reciente lucha con los Siux.

A los dos días de haberse ausentado su compañero, Harland, que acababa de sacar el ganado de los corrales para conducirlo á la meseta, después de haberles distribuido la ración de sal, experimentó cierta inquietud y asombro al oír de repente un grito.

Parecía proceder del cañón perteneciente al pico más alto, en la dirección N., y al volver la cabeza vió una partida de jinetes, como á media milla de distancia. Al punto reconoció que eran indios, por sus mantas de brillantes colores y sus arreos. Se habían detenido y le miraban fijamente.

Un momento después gritaron de nuevo, como llamándole. Harland se alarmó un poco; mas parecióle que no serían hostiles, y continuó observándoles sin contestar.

Muy pronto los indios avanzaron, y el solitario joven vió que comenzaban á bajar por el pico, con la manifiesta intención de rodear la cabaña. Harland tenía allí su carabina, y al punto fué á buscarla, cargóla, y se guardó en el bolsillo una caja de cartuchos. Hecho esto, salió fuera para observar á los indios, que en número de once ó doce seguían avanzando por el valle. Harland se atemorizó; mas tal vez no fueran sus intenciones hostiles, y pensó que lo mejor sería no mostrarse alarmado. Al fin, llegaron al borde del cañón en cuyo fondo estaba la cabaña, y cuando estuvieron más próximos, nuestro aventurero desconfió más al observar sus miradas y su aspecto: todos iban completamente armados y ostentaban sus pinturas de guerra.

Cuando se hallaron á doscientos metros de distancia, tres de ellos desmontaron y dirigieron á pie hacia la opuesta orilla del cañón, mientras que los demás permanecían montados.

Cuando los tres indios no estuvieron ya más que á cincuenta varas de Harland, uno de ellos gritó:

—¡Hola, hermano, hola!

—¡Hola, hermanos! — contestó el joven. — ¿Qué se os ofrece?

Los tres soltaron una carcajada, y después uno, hablando inglés como antes, aunque bastante mal, añadió:

—¡Buen día! ¡Muy bien, yankee!

Harland no pudo menos de reír al oír estas frases inglesas y otras del indio; y como parecían estar muy contentos, su temor disminuyó.

El indio que estaba más próximo le hizo entonces señal para que cruzara el cañón á fin de reunirse con ellos; mas como Harland moviera la cabeza negativamente, el salvaje señaló el ganado que estaba arriba, presentando tres dedos. En contestación, el joven levantó uno, queriendo decir que le daría un caballo

para mantener la buena inteligencia con los indios.

Al ver esto, los salvajes tuvieron otro acceso de hilaridad.

Pero, sin duda, se burlaban de él, pues casi en el mismo instante, convencidos, sin duda, de que no inducirían al joven á cruzar, los dos indios que estaban detrás de su compañero dispararon cada cual un tiro, tan rápidamente, que la primera intimación que Harland oyó fué el silbido de las balas, las cuales atravesaron la puerta de su cabaña.

Casi en el mismo instante, Harland oyó el terrible grito de guerra de los Siux, que él no había conocido hasta entonces.

Todo fué tan repentino, las detonaciones y los gritos, que Harland experimentó una profunda impresión de horror. Más bien por instinto que con objeto alguno, levantó su carabina, y, al ver esto, los tres indios saltaron entre los cedros y los espinos; mientras que una tercera bala, disparada por algunos de los que estaban á caballo, silbó junto á su cabeza.

Harland no se detuvo para combatir. Muy lejos de ello, corrió con toda su fuerza: el terror, el instinto de propia conservación y la perspectiva de una muerte horrible se sobrepusieron á su valor. Al silbar la tercera bala dobló el ángulo de la cabaña y corrió hacia la meseta, pues no le quedaba otra línea de retirada. No había hecho fuego una sola vez, pero no quiso desprenderse de su carabina.

Los indios que estaban montados le vieron correr; profirieron algunos gritos y dispararon diez ó doce tiros, pero ninguna de las balas le tocó, aunque silbaron muy cerca de él.

Su primera idea fué ganar la meseta, y bajar después al barranco por el otro lado; pero mientras corría reflexionó que allí no había matorrales ni la menor espesura para esconderse, y, deteniéndose un momento al pie del empinado paso, vió que media docena de indios habían puesto sus caballos al galope y bajaban por la pendiente de la colina como para cercar el barranco.

Harland comenzó á desfallecer. Si se hubiese visto montado en su caballo, tal vez habría tenido la esperanza de salvarse; pero ya no había tiempo para nada. De repente fijó su atención en el agujero practicado en el banco de arenisca, que formaba la entrada de la cueva que abrieron para pasar el invierno.

—No podrán sacarme de aquí, — pensó, — á menos que me ahumen.

Entretanto, los tres indios que habían saltado el cañón acababan de trepar hasta la cabaña. Desde allí vieron al joven, y, después de hacerle fuego una vez, pusieron sus caballos al galope para perseguirle.

Convencido de que iban á cercarle, Harland no vaciló ya más, y arrastróse hasta el interior de la cueva, creyendo que mejor podría defenderse allí que al aire libre. Aquella cavidad, según dijimos antes, habíase abierto con el hacha en la arenisca blanda de un lado del pico, y el interior contenía un espacio de diez



pies cuadrados, en el cual había otro agujero que hacía las veces de ventana, de un pie en cuadro. Sobre ésta elevábase el lado del pico perpendicularmente á doce ó quince pies.

Sacando el cañón de su carabina por el agujero de la ventana, Harland, semejante á un tejón en su madriguera, esperó á sus enemigos, resuelto á defenderse hasta el último trance, puesto que se empeñaban en luchar. Tenía

Poco después vió que tres ó cuatro salvajes, penetrando en la cabaña, salieron de ella llevándose mantas, y al cabo de una hora pudo reconocer que varios de ellos estaban en la meseta, sin que ninguno se hubiese presentado á la vista.

No pasó mucho tiempo sin que les oyese gritar al ganado, que, á no dudar, se llevaban también, y esto fué lo más triste para Harland,



LAS «MALAS TIERRAS»: Los indios, al ver el cañón de la carabina en el agujero, comenzaron á saltar...

una carabina muy buena, con seis tiros disponibles sin volver á cargar.

Pero los indios, que se hallaban ya cerca, al ver el cañón de la carabina en el agujero, desviáronse á un lado y comenzaron á saltar para que el joven no pudiese fijar la puntería; después se corrieron á la derecha, y colocáronse de modo que no se les pudiera tomar por blanco.

Harland no hizo fuego, ni tampoco hubiera querido matar á ninguno de sus enemigos, á menos que se acercaran demasiado, sabiendo muy bien que si dejaba uno de ellos sin vida, los demás se esforzarían para vengarle.

Esto era, sin duda, lo más prudente. Como no había hecho fuego, los indios juzgaron tal vez que no valía la pena darle muerte en su retiro, tanto más cuanto que éste se podía defender muy bien.

que á veces tuvo la tentación de salir de su madriguera para hacer fuego contra los ladrones.

Por la tarde pareció que los indios se habían marchado ya; mas, temiendo que vigilaran por allí, no se aventuró á salir durante la noche hasta una hora muy avanzada. Con mucha cautela se asomó por la ventanilla, y, al ver que todo estaba tranquilo, fué á la cabaña para comer algo. No atreviéndose á dormir allí, cogió una manta y volvió á la cueva para pasar el resto de la noche.

(Se concluirá)

### \*\*\* PENSAMIENTO \*\*\*

—Tanto daño como dar rienda suelta á la imaginación, causa la costumbre de satisfacer los caprichos.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA